

insulto y los actos de agresion que acababan de cometerse; que creia, ó queria creer, que habian sido contra la voluntad del sultan; pero que habiendo tenido lugar ya la agresion, debia seguirse pronto la correspondiente satisfaccion; por consiguiente que se restableciesen en su sitio las armas de España por los marroquíes, que el pabellon español fuese saludado por sus autoridades, y que al frente de los muros de Ceuta y de las autoridades marroquíes, fuesen castigados los culpables.

El ministro del sultan dió contestacion completamente satisfactoria; dijo que estaban dispuestos á dar las satisfacciones que se habian pedido; que en aquel momento daba las disposiciones conducentes para prender á los culpables; y por último que las llevaria á efecto, sin embargo de que consideraba que la culpa la tenia la guarnicion de Ceuta que salia de la plaza; disculpa que, como deja comprenderse, no era admisible; por que si la guarnicion no podia salir dentro de los límites que eran suyos, esto era un contraprincipio; pues era negar la propiedad del territorio que nos está señalado, cuyo deslinde está hecho por señales de piedra en que están las armas de España.

En las instrucciones que se habian dado al encargado de negocios de España, se le habia prevenido que en el término de diez dias debia exigir la satisfaccion, ó retirarse de lo contrario.

El ministro del sultan, manifestando siempre que estaban dispuestos á dar la satisfaccion que se le pedia, hizo presente el estado del imperio, la necesidad de dar tiempo á que se estableciese allí el gobierno, por las dificultades que allí ocurrían siempre en las variaciones de sucesion.

El gobierno español, que no queria mas que la justicia, que no aspiraba mas que á la satisfaccion de los agravios y que queria dar una prueba de su moderacion, aunque confiaba poco en la buena fé de los marroquíes, prorogó el plazo por veinte dias. Durante este tiempo, y despues de concedido este plazo, lejos de haber cesado las agresiones contra la guarnicion de Ceuta, se repitieron en mayor escala y hubo dos combates con los batallones de cazadores que acaban de llegar á Ceuta, combates en los cuales corrió la sangre española, pues tuvimos varios heridos: la agresion no podia ser mayor, y naturalmente la reparacion tenia que subir en la misma escala de las ofensas que nuevamente se habian recibido.

Volvió á pedirse un plazo de nueve dias que los marroquíes, reconocieron, como siempre, nuestros derechos, diciendo, que

estaban dispuestos á satisfacernos. Dióseles el tercer plazo, pero con la condicion de que nos habian de dar tambien garantias para el porvenir, y en esa nota que se pasó, al mismo tiempo que se encarecia la necesidad de darnos satisfaccion de las ofensas hechas, se decia que una de las condiciones que se les exigian, era sacar á Ceuta de ese círculo, por decirlo así, de hierro en que estaba enclavada, y que se nos habia de ceder el terreno necesario y los parajes y alturas convenientes para la seguridad de la plaza y el indispensable desahogo de la guarnicion.

El 13 de octubre, dos dias antes de espirar el plazo, el ministro del sultan manifestó que tenia plenos poderes del emperador para terminar la cuestion pendiente con España, que aceptaba en principio lo que se le pedia, y que se concederia la estension de Ceuta, hasta las alturas y parajes convenientes para la seguridad y desahogo de la plaza. En este estado, el gobierno creyó que, tratándose de llevar á cabo efectivamente el arreglo de las cuestiones pendientes, y estando el ministro del sultan plenamente autorizado para ello, debia fijar las cuestiones de la manera siguiente:

Satisfaccion del agravio. Que el bajá de Tánger y Tetuan viniesen al frente de Ceuta á restablecer las armas de España en el mismo sitio en que fueron quitadas. Que tropas del sultan debian acompañar al bajá y saludar al pabellon español en desagravio de las ofensas que se le habian hecho; que los reos del delito, á quienes el gobierno marroqui debia conocer, debian venir al frente de la plaza de Ceuta á sufrir el castigo en el mismo sitio en que habia corrido la sangre española. Además procedióse con mucha moderacion en la cuestion de límites. Convenidos en que era preciso marcar ciertas alturas y parajes, se dijo al sultan que nombrase dos comisionados y nosotros nombrariamos por nuestra parte dos ingenieros que, de comun acuerdo, hiciesen las nuevas limitaciones, tomando por base la sierra de Bullones; pero como esta es muy estensa, se previno se hicieran en ella las limitaciones convenientes.

Asi las cosas, júzguese la sorpresa del gobierno, cuando despues de condiciones tan moderadas y prudentes, contestó el ministro del sultan, no diciendo que no aceptaba las condiciones, sino que lo que se le pedia era mucho, y que no tenia poderes suficientes para hacer esta negociacion, que debia consultar al emperador de Marruecos y este decidir. ¿Qué se habia de contestar á esto despues de las consideraciones y de la moderacion



que se habia usado? ¿Debia, por ventura, concederse un nuevo plazo al gobierno marroquí? No; porque a la concesion de ese nuevo plazo se oponia la dignidad nacional, y hasta el honor del gobierno y del pais, que habian dado muestras de moderacion y de templanza concediendo ya tantos plazos, y no aprovechándose del estado del imperio marroquí con lo cual habra contestado a los que creian que un espíritu de conquista y no de justa reparacion llevaba las armas españolas á Africa.

De consiguiente, se manifestó al encargado de negocios, á consecuencia de esta nota, que en ella habia varias inexactitudes, y que desde luego las relaciones quedaban rotas y la suerte de las armas decidiria quien tenia razon; la fuerza de las armas, que es la última razon de los reyes y de los pueblos. Asi lo manifestó al Congreso el señor presidente del Consejo de ministros en la célebre sesion del día 22 de octubre. Es evidente que el gobierno ha obrado con toda la moderacion y templanza propias de una nacion que es grande, aunque por algunos se afecte creer lo contrario; que tiene grandes medios para hacer respetar su honra y dignidad, como lo hará siempre, poniéndolas á la altura de la nacion que las tenga mas altas.

«No vamos, dijo el señor presidente, no vamos á Africa animados de un espíritu de conquista, no. El Dios de los ejércitos bendecirá nuestras armas, y el valor de nuestro ejército y de nuestra armada hará ver á los marroquíes que no se insulta impunemente á la nacion española, y que iremos á sus hogares si es preciso á buscar la satisfaccion.

«No nos lleva un espíritu de conquista; no vamos á Africa á atacar los intereses de Europa; no, ningun pensamiento de esta clase nos preocupa; vamos á lavar nuestra honra, á exigir garantías para lo futuro; vamos á exigir de los marroquíes la indemnizacion de los sacrificios que la nacion ha hecho; vamos, en una palabra, á pedir con las armas en la mano la satisfaccion de los agravios hechos á nuestro pabellon. Nadie puede tacharnos de ambiciosos; nadie tiene derecho á quejarse de nuestra conducta. Firmes en nuestra razon y en nuestro derecho, el Dios de los ejércitos hará el resto.» Tales fueron las sentidas y elocuentes frases pronunciadas por el presidente del Consejo de ministros en las Cámaras españolas.

Es menester pues no perder de vista el objeto de la expedicion española á Marruecos, si no queremos hacernos ilusiones acerca de sus resultados, aunque como no puede dudarse, la victoria

favorezca nuestra causa, que es la de la razon y la de la justicia. El público ha visto con sentimiento, que algunos acariciaban esperanzas que no podian verse realizadas, confiando arbitrariamente una mision á nuestra patria que no es en manera alguna la que ha de cumplir en el estado actual de Europa. Se ha pretendido dar un carácter de religioso á una cuestion de derecho internacional en que no intervienen en lo mas mínimo las creencias religiosas. No saben que el espíritu de Pedro el Hermitaño se desvaneció con su época, y que en la actual serian inútiles todas las predicaciones para provocar guerras religiosas encaminadas á esterminar hereges ó á redimir la Tierra Santa del yugo de los Mahometanos. Ha pasado ya el tiempo de las cruzadas, que examinadas hoy á la luz de la civilizacion, que tanto debe al cristianismo en cuyo nombre se hicieron, son diametralmente opuestas al espíritu de este, porque el cristianismo no respira mas que caridad y dulzura, y prohíbe el saqueo y la matanza aunque se ejerza contra paganos ó infieles. Por otra parte una cruzada en pleno siglo XIX, careceria hasta de las razones especiosas que alegaba Bacon para legitimar las antiguas. No hay ya desbordamientos de turcos que obliguen á la civilizacion á oponerles un dique insuperable; no arma ya el brazo de la cristiandad la necesidad de una justa defensa contra los mahometanos.

El ejército Español no va tampoco á Africa á fundar ningun gobierno, ni á llenar con una civilizacion vigorosa las escavaciones ó huecos que ha dejado una civilizacion muerta. Las utopias sientan bien á los poetas, pero no á los hombres de Estado, que se encierran siempre dentro de los límites de lo positivo y de lo posible, y que miran siempre las cuestiones bajo un punto de vista esencialmente práctico. Encarguense de vivificar á otros paises los que tengan esceso de vida. Lo tenemos nosotros? ¿Tenemos esa sobreabundancia de fuerza, esa exuberancia de civilizacion que se necesita para civilizar á los demás? ¿No tenemos acaso necesidad de recoger, de concentrar en el interior todo el espíritu vital para luchar contra las causas de nuestra decadencia que se quiera que lo desparramemos por el exterior como si lo tuviésemos de sobra? Cuando es un problema todavia no resuelto si el descubrimiento de un nuevo mundo fué una de las concausas que mas contribuyeron á hacer descender á la España del apogeo de su poder y de su gloria; cuando sabemos que la poderosa Francia, á pesar de que recogió cuando la toma de Argel el fruto de la



depradeción de siglos de piratería que constituían inmensos tesoros, estuvo vacilando despues de la victoria de Isly entre el abandono de su conquista y los inmensos sacrificios que su conservación le impone; cuando vemos á la opulenta Inglaterra obligada á prodigar arroyos de oro y de sangre para retener bajo su poder el imperio de la India; cuando se oye, si es licito espresarse así, la palpitation de todas las nacionalidades absorvidas que ansian desprenderse de las potencias formadas por aluvion que las han devorado, sin mas derecho que el leon de la fábula, *quia nominor leo*, y pugnan todas sin descanso para recóbrar su autonomia y su independecia, hay entre nosotros quien sueña en que la España que empieza ahora á revivir, que no se halla en el caso de abrir nuevos cauces á los productos de su actividad industrial por que necesita aun mendigar á los estrangeros casi todas las industrias, que solo posee una marina desproporcionada á sus costas, que tienen distantes de la metrópoli preciosas islas que muchos codician, que se queja de que su poblacion no es la que corresponde á la estension y fertilidad de su territorio, háy entre nosotros repetimos, quien sueña en que la España se perpetue en el pais que su honra la obliga á invadir á pesar suyo, y propone con toda seriedad los planes de colonización y asimilacion que le parecen mas ventajosos. ¡ Qué delirio!

No vamos á civilizar á los moros, y mucho menos asimilar-noslos. Ni es siquiera la idea de un ensanche de territorio que ponga en nuestras manos las llaves del Estrecho, quien arroja á nuestros soldados á las inhospitalarias costas de Marruecos. Una guerra de conquista no nos conviene, ni aunque nos conviniese podriamos hacerla. No pedimos á la guerra mas que lo que pediamos á las negociaciones pacificas, desgraciadamente frustradas, nos contentamos con lo racional y justo, con obtener de grado ó por fuerza la reparacion de los agravios recibidos y garantías para el porvenir que nos aseguren de que nunca mas volverán semejantes agravios á reproducirse, borrando de la historia de nuestras ignominias el tratado de 1845, que es tan ominoso y ridiculo como la política de la época á que pertenece.

No van nuestros soldados á Africa como conquistadores, sino como hijos esforzados de una Nacion pundonorosa que sabe hacer valer su derecho y dejar consignado que no se le ultraja impunemente cuando confía su honra á gobernantes dotados de verdadero patriotismo.

El Emperador de Marruecos Muley Abderrhaman, despues de

una larga y penosísima enfermedad, producida por un tumor que se le habia formado en el extremo superior de un muslo, dejó de existir á la una de la madrugada del 6 de setiembre último en su antiguo palacio de Mequinez contando la avanzada edad de 83 años. Su médico ordinario al ver declinar rápidamente la vida del augusto enfermo, hizo llamar en la mañana del 26 del mes anterior á los hermanos Jackson, dos médicos ingleses residentes hace algunos años en Tanager donde han adquirido una justa y bien merecida celebridad. Al mismo tiempo se comunicó tambien la grave noticia al Principe heredero, entonces gobernador de Tafieta, encareciéndole la necesidad de trasladarse al lado del sultan. La muerte del octogenario que contaba ya 37 años de reinado, debia producir serias complicaciones en esa parte del Africa.

Efectivamente, dos tribus numerosas y potentes, la de los Amazircos y Chelocos, eran enemigas declaradas del sucesor natural de Abderrhaman, figurando además como enemigo personal del Principe heredero, el comandante de la guardia negra que era el que gozaba de mayor fuerza y valimiento en palacio. Temiase con mucho fundamento que este numeroso cuerpo compuesto de diez mil ginetes, así que el emperador exhalase el último suspiro, se entregaria buenamente al saqueo del tesoro, en el cual se han ido acumulando por espacio de cien años riquezas inmensas. Las enérgicas disposiciones tomadas por el nuevo emperador, si bien no consiguieron en el momento sofocar la rebelion que se habia manifestado en sus Estados, bastaron para amedrentar á la guardia negra salvando el tesoro de su codicia y rapacidad.

La muerte de Muley-Abderrhaman cuando parecia dispuesto á darnos todas las satisfacciones que exigia nuestro honor ultrajado delante de Ceuta, fué un triste acontecimiento porque ha obligado á hacer mayores sacrificios de los que al principio se habia pensado para sostener el pabellon español y la seguridad de nuestras plazas de Africa. En nuestros tratos con el difunto emperador, siempre se habia mostrado dispuesto á ceder á las consideraciones que se le esponian y á hacer justicia á nuestras reclamaciones, y si durante su largo reinado los moros del Riff han amenazado con frecuencia nuestras guarniciones, y conservándose en abierta hostilidad, no por eso el sultan dejó de hacer siempre que se le pedian los mayores esfuerzos que estaban en su mano, para evitar los excesos de aquellas tribus bárbaras. A veces habia enviado sus tropas para castigarlas, devuelto los



prisioneros, y hasta en sus últimos momentos estuvo dispuesto á cedernos los territorios necesarios para tener á raya á los rifeños.

El sultan que acaba de bajar al sepulcro, habia nacido el 15 de setiembre de 1778, de modo que cuando murió en 1794 su padre Sidi Hixem, que reinó solamente ocho meses, se encontraba todavía en muy corta edad, de donde no pudo estorbar que su tío Sidi Suleiman se apoderase del trono, manteniéndose en él hasta su muerte. En tan apurado trance, entregó el poder á su sobrino, convencido como estaba de que nadie como él podia volver la paz y tranquilidad al imperio por el buen nombre y respeto que habia alcanzado con la discrecion, templanza y prudencia de sus actos. Abderrahman, cuando murió su tío Suleiman, se encontraba de gobernador ó bajá en Mogador, y entrando en el Imperio, no tardó en restablecer el sosiego en todas las provincias.

Dos dias despues de ocurrido su fallecimiento, cuatro hijos suyos se proclamaron sus sucesores. En todo el imperio reinaba el mas grave desorden. Los cónsules de diversos paises se encerraron en sus respectivas casas en Tánger defendidos por sus empleados y criados armados al efecto. Los cristianos residentes en esta ciudad ó en otros puntos del imperio se apresuraron á emigrar. Las disensiones que agitaban el pais y las noticias cada vez mas acreditadas de una próxima y espantosa lucha con el ejército español acampado en esta parte del Estrecho, venian á aumentar el pánico y consternacion general. En la mañana del 18 de octubre último, entró en Gibraltar el buque de la nacion Británica *Raquel* procedente de Tánger conduciendo á su bordo 74 pasajeros. A su salida del puerto, la poblacion quedaba entregada á la mayor agitacion y alarma; y todo el mundo estaba ocupado en transportar sus bienes y mercancias á bordo de cualquier embarcacion de las ancladas en aquel puerto. Cuantos botes podian utilizarse para el caso, quedaban ajustados segun su capacidad, desde 100 á 150 duros cada uno. La persona que se encontraba en la ciudad en situacion mas embarazosa, era Sidi Mohamed El-Katib, á causa de los escasos medios con que á la sazón contaba para hacer frente al ataque de los españoles. Confiado él, como la mayor parte de los habitantes de la ciudad, en el aspecto favorable de las negociaciones, no pudo prevér lo que en aquellos momentos de crisis estaba pasando, y por esta razon iba á recurrir á las Kabilas, las cuales se creian fundadamente que acudirian presurosas al sostenimiento y defensa de la ciudad.

El vice-cónsul español en Rabat se habia apresurado tambien á abandonar la poblacion siguiéndole un considerable número de hebreos de ambos sexos que pudieron salvarse como por milagro del furor de la morisma. Esta, alborotada en dicho punto, tomó con pretexto de la guerra, ocasion para saquear á los europeos y hebreos, principalmente á los españoles ó conexionados con nosotros. El vice-cónsul con su hijo, pudo meterse en un barco que estaba cargando en la rada, el cual zarpó inmediatamente. De allí pasaron á otro barco francés, y de este á un inglés trasladándose á Gibraltar. En Rabat no era respetada por los árabes mas que la casa del vice-cónsul inglés, en la cual habia refugiados muchos europeos y judios.

Causaba vivisima compasion el triste estado en que llegaban estos últimos á nuestros puertos procedentes de Marruecos. Las ciento cincuenta familias que habia traído á Algeciras el vapor S. Quintin, recibieron generosos auxilios, y por lo menos, se hallaban algun tanto tranquilas y á cubierto de los bárbaros montaraces de Marruecos, á quienes temen hasta los moros del pueblo. Cuando hubieron desembarcado los matrimonios hebreos que venian en el buque, echaron de menos algunos de sus hijos, perdidos sin duda en la confusion que reinaba en la playa de Tánger al pasar á bordo; viendo pues, el capitán Villalta, el desconsuelo y llorosa afliccion de aquellos infelices, embarcó de nuevo á varios padres y madres para que fuesen á buscar á sus hijos, pagando de su bolsillo el pasaje y alimentacion hasta que volvieron á Algeciras.

